

EPÍLOGO

ABBY



Ann Arbor, 2016

Estaba pasando mi quinto aniversario de novios junto a Hannah en vez de con Nick. Y me daba igual.

Él había puesto la alarma de su teléfono para que sonara a medianoche, y me medio despertó solo para darme un beso y murmurar contra mis labios un

«felicidades, te quiero». Además, por la mañana había dejado en la encimera de la cocina unos *muffins* de crema de pistacho y una nota que ponía «siento tener que pasar el día entrenando». Ambos detalles eran más que suficientes para mí, sobre todo sabiendo que los *Sled Dogs* habían entrado en modo espartano de cara al inminente comienzo de la temporada de hockey sobre trineo, en la que tenían que volver a dar el máximo si querían que sus jugadores fueran considerados para los Juegos Paralímpicos de Invierno de Pyeongchang en 2018. Sin embargo, el empeño de mi mejor amiga por que saliéramos tan pronto terminamos de desayunar, sumado a la fecha que era, hizo que empezara a sospechar que quizá Nick no estaba donde decía estar y que, en fuera lo que fuese que estuviera tramando, el papel de Han era mantenerme distraída y fuera de casa.

Al principio me porté bien y me dejé llevar, intrigada por la situación. Luego comencé a divertirme socavando la paciencia de

Hannah al ponerle pegas a sus planes cada dos por tres o, peor aún, sugerir que diéramos por concluido nuestro día de chicas y regresáramos.

—Lo estás haciendo adrede.

—¿El qué? —Parpadeé con inocencia. Ella inclinó la cabeza y enarcó las cejas—. Vale, sí, pero es que os conozco demasiado bien como para no darme cuenta de que estáis maquinando algo. Por no hablar de que disimulas fatal. Por el bien de Mik espero que nunca hayas tenido que fingir un orgasmo.

Me dio una patada en la espinilla y yo solté una carcajada. Qué bien me lo estaba pasando.

—Ya le dije a Nick que lo mejor sería decirte directamente que quería darte una sorpresa por vuestro aniversario.

—Pues sí, aunque se agradece el esfuerzo.

—Hasta qué hora tengo prohibido volver a nuestra querida morada?

—Hasta que me den luz verde.

Después de cinco años, Misha, Hannah y yo seguíamos viviendo juntos en el mismo sitio. Y Nick se nos había unido a los seis meses de empezar a salir conmigo. Una etapa a la que no le quedaba demasiado para llegar a su fin. Lo que nos producía a todos un sentimiento agridulce por mucho que fuéramos conscientes de que era el siguiente paso a dar. La carrera de danza sobre hielo de los tortolitos había despegado de tal manera al ganar el oro en los Juegos Olímpicos de Invierno de Sochi en 2014, que habían aparecido en cajas de cereales, habían hecho anuncios de coches e incluso de Nivea y habían sido (y eran) la imagen de marcas de ropa deportiva, tanto juntos como por separado, lo que les había dado la oportunidad de ahorrar para poder comprarse su propia casa. Por otro lado, yo había finalizado mis estudios de Lengua y

Literatura y acababa de comenzar a trabajar en un colegio. Y para el pasmo de todos, incluido mi rubito, había llenado el formulario para participar en el programa de Drew y Jonathan Scott,

los gemelos de las reformas, y habíamos sido seleccionados. Aque-
llo nos brindaba la oportunidad de conseguir una propiedad a muy
bajo precio por estar vieja o en condiciones cuestionables, e invertir
la diferencia de lo que habría costado una nueva en remodelarla al
completo y dejarla cien por cien funcional para Nick. Un lugar segu-
ro y cómodo en el que poder moverse y manejarse con total liber-
tad, su oasis, su hogar.

—Por fin —suspiró Hannah tras comprobar el último mensaje
que había recibido—. Si llego a beberme otro café, habría acabado
dando positivo en dopaje.

De hecho, llevaba un rato hablando más rápido de lo normal.

Una vez de vuelta, y dado que nos habían tenido unas diez ho-
ras en el exilio, esperaba encontrar alguna especie de supercena ro-
mántica. En cambio, me topé con una casa tan silenciosa que pare-
cía desértica.

—Se supone que tenemos que bajar al sótano

—aclará Hannah. Frunció el ceño, extrañada, pero la seguí.

Íbamos por la mitad de las escaleras cuando oí un ruido a nues-
tra espalda. Me giré y vi a Nick. Me guiñó un ojo, me lanzó un beso
con la mano, cerró la puerta y echó el pestillo.

—¿Qué cojones...?

Entonces la luz principal se apagó y fue sustituida por la ilumi-
nación de las tiras led que habíamos pegado alrededor del techo
hacía mil.

—Tranquila, tú sigue bajando. —Hannah me tomó de la mano y
tiró con suavidad de mí.

Al llegar al rellano me di cuenta de que no estábamos solas.
Tristan, Candace y Mikhail se encontraban de pie en el centro de la
estancia, cada uno con una camiseta naranja intenso con un Pegaso
estampado en negro.

—Bienvenida al *escape room* del Campamento Mestizo, hija de
Atenea —anunció mi hermano con tono solemne.

En efecto, la sala de baile de Han y Misha había sido reconvertida en una dedicada a Percy Jackson. O mejor dicho: habían recreado el interior de la que consideraba mi cabaña, la número seis, que en su interior tenía un taller y una biblioteca.

Sentí una fuerte oleada de emoción, sobre todo al recordar que, al terminar nuestra primera cita, bromeé

con que, para la segunda, podía llevarme al *escape room* de la saga que organizaban en una ciudad de California.

Por supuesto, no fuimos.

Pero él nunca se olvidó y a los cinco años había hecho algo mucho mejor: había creado una solo para mí.

—¡Oh, Benson! ¡Las cosas que voy a hacerte esta noche!

—¡Para eso tendrás que lograr salir de ahí!

Tris y Candy fingieron arcadas, Misha se sonrojó y bajó la voz para decirle a Hannah:

—Esta es una de las cosas que no voy a echar de menos.

—Mira quién fue a hablar. —Le pasé el brazo por encima de los hombros—. Te recuerdo que vuestro dormitorio está casi encima del nuestro. ¿Cómo es lo que sueles repetir con voz de estar a punto de correrte?

¡Vot tak, ptichka, vot tak! O algo que suena por el estilo, el ruso no es mi fuerte.

Su cara parecía a punto de estallar en llamas.

—Y ahora que tenemos material para unas cuantas pesadillas —intervino mi mellizo—, ¿podemos empezar? Me gustaría llegar puntual a mi cita.

—Tienes una hora para resolver los acertijos. Y a cada uno de nosotros se nos permite darte una pista si lo necesitas —explicó Candy—. Y como la misión de Hannah era otra y no conoce las pruebas, puede jugar contigo.

—El temporizador comienza a contar... YA.

—Mik activó uno que debían haber comprado para la ocasión: blanco con los números negros, tan largo como mi antebrazo y un palmo de alto.

Hannah y yo nos pusimos manos a la obra. Estaba tan emocionada que me costaba concentrarme y pensar. Y llegó un momento en el que se hizo imprescindible porque, si bien los primeros enigmas fueron fáciles, la dificultad fue aumentando. De hecho, necesité pedir una de las pistas. Al hacerlo sonréi como una demente, ya que haber tenido que recurrir a una demostraba lo muchísimo que Nick se había dejado la piel en la sorpresa.

Completamos el juego en treinta minutos.

—Te recompensa te espera arriba. —En cuanto terminé de leer el papel que habíamos encontrado al acertar la última adivinanza comenzó a sonar *You Shook Me All Night Long*, de AC/DC.

Salí corriendo escaleras arriba, abrí la puerta de un tirón y allí estaba él, con una cajita negra abierta y, en su interior de terciopelo acolchado, un anillo de compromiso.

La hostia puta.

Nick abrió la boca, pero le detuve estirando el brazo con el dedo índice alzado.

—Espera. No te muevas. No pienses. No hagas nada.

Fui a nuestra habitación como alma que llevaba el diablo y con una carcajada nerviosa y exultante burbujeando en mi pecho. Encontré lo que buscaba, regresé donde estaban todos con cara de no entender nada, me senté en el regazo de mi novio y le enseñé lo que había traído: una caja casi idéntica a la suya.

Nuestros ojos se encontraron y rompimos a reír.

—¿También pensabas pedírmelo hoy?

—No —reconocí—, aún estaba en la fase de lluvia de ideas. Me has ahorrado el seguir comiéndome el coco.

—Un placer haber servido de ayuda.

—Lo que has preparado ha sido increíble e insuperable. Y ahorra, rubito, ponme mi anillo.

Deslizó la fina banda de oro blanco con un pequeño diamante en mi dedo índice y yo hice lo propio con la suya: ancha, de plata ennegrecida, lo que le daba un tono gris oscuro, y un diamante negro incrustado.

Nos besamos. Nos reímos.

Nos dejamos abrazar por nuestra familia.

Y volvimos a besarnos. Una y otra y otra vez.

—Dime que estás abierto a que sea una boda temática.

Me miró como lo haría alguien dispuesto a cometer un delito si se lo pedía.

—No sabes las ganas que tengo de ver a mis padrinos vestidos de sátiros —respondió dirigiéndoles una sonrisa maliciosa a mi hermano y a Misha.